

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

La selección que vamos a ofrecer a nuestros lectores se va a centrar en los libros que han tenido más éxito en las últimas semanas en materias como el ensayo, las memorias y biografías, y la Historia reciente, géneros que son los más apreciados por el público según se demuestra en las listas publicadas por la prensa.

JAVIER TUSELL

Ensayos

El lector que se enfrente con *“El bucle melancólico. Historias de Nacionalistas Vascos”*, Madrid, Espasa Calpe, 1997, el libro de Jon Juaristi que ha ganado el Premio Espasa de Ensayo, tendrá la dificultad inicial de llegar a comprender no ya el género literario en que lo enmarca, sino el propósito del autor. Para hacer más difícil su respuesta a esa pregunta, Juaristi empieza con unos capítulos

iniciales un tanto desconcertantes hasta que en el cuarto responde verdaderamente al subtítulo — “Historias de nacionalistas”—. Pero el libro nunca pierde unas calidades literarias y un ritmo narrativo que, desde el momento señalado, le convierte en apasionante. El lector podrá quejarse de que no ofrece soluciones o discrepar de su contenido (como es, en muchos puntos, mi caso) pero es difícil que lo deje de las manos hasta su final. Incluso llega a lamentar, después, que haya concluido.

Las dos citas que sirven de prólogo a “El bucle melancólico” revelan la peculiar mixtura en que se basa. La primera hace alusión a la melancolía, sentimiento de pérdida que se interroga incluso sobre la realidad de la misma, y nos conduce a la experiencia de una generación —la de quienes pasaron por ETA— y sus avatares autobiográficos sucesivos hasta el presente. La otra se refiere al contenido más propiamente ensayístico del libro, escrito con un afán de revelar a la pública luz

de una manera “cómica y contundente” cómo las acciones de personas concretas se insertan en la común trayectoria de un país.

A pesar de lo peculiarísimo de la experiencia de pasar por una organización terrorista, lo cierto es que la memoria autobiográfica no ha producido en España libros de verdadero mérito. Éste —como alguno de Patxo Unzueta— lo es. Gracias a él comprendemos mejor el sentimiento reactivo que llevó a jóvenes de pocos años, de familias nacionalistas, por la senda del terrorismo. Hay en estas páginas una sensación de Destino ineluctable que es compatible, sin embargo, con un cariño nostálgico por la experiencia vivida, aun con toda la tragedia que tiene tras de sí. Quizá lo que falta es la autocrítica de esa generación. Es fácil hacerla de forma retrospectiva y global; resulta más discutible evitar hacerlo de manera individual y situándose en la posición de entonces. Lo que crea en el lector una sensación de angustia es la compatibilidad entre una evocación literariamente tan bella y el resultado de la actividad “política” de entonces.

Esos fogonazos autobiográficos se ven acompañados por unos retratos de muchos de los escritores del nacionalismo vasco. Asombra la erudición, la penetración psicológica y la mala intención con la que están hechos. Esta última, sin embargo, no llega a averiar a los otros dos primeros rasgos mencionados. El resultado es devastador pero no totalmente

convinciente. Lo criticable en estos retratos es, en mi opinión, la secuencia y los vacíos. Es cierto que existe una línea que lleva desde el aranismo, pasando por Gallastegui, hasta los ideólogos de ETA, pero creo que el salto hacia el terrorismo se explica por la mimesis hasta el revolucionarismo foráneo (desde Sartre y el FLN hasta Mao). En la secuencia, por otro lado, Arzalluz

porque sea más o menos aranista, sino porque es un político profesional con el mínimo nivel de reflexión teórica que suele caracterizar a los de su especie. Por otro lado la galería de retratos está incompleta. Arana, Gallastegui y Krutwig no son los únicos nacionalistas vascos. También lo fueron (y muy influyentes) Ramón de la Sota y José Antonio Aguirre. Sucede que contra ellos se levantó la generación que en los sesenta desembocó en ETA. Pero —y de eso ni el PNV parece darse cuenta— esa línea, poco conocida, resulta mucho más defendible hoy que la otra.

De una cuestión que ha despertado pasiones encontradas en España pasemos a otra, decisiva en la Historia de nuestro tiempo. En el fondo de eso se trata en *“Bronislaw Geremek en diálogo con Juan Carlos Vidal”*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1997. Es posible que no tantos lectores sepan quien es Bronislaw Geremek a pesar de que sin duda alguna el título de esta crítica responde por completo a la verdad. Profesional de la Historia, este intelectual polaco tiene una obra amplia y muy apreciada acerca de temas que pueden ser considerados como un tanto sofisticados, abstrusos y demasiado específicos para la mayor parte del público: nada menos que el mundo de la pobreza y la marginación durante el Antiguo Régimen. Pero, como es natural, si hubiera reducido su vida a tan sólo eso no merecería ser conocido, tal y como se sugiere líneas atrás. Geremek también ha

me parece descolocado y no

sido un protagonista esencial de la caída del comunismo en Polonia y, junto con Vaclav Havel, una de las pocas personas que han dado cuenta de este proceso con la profundidad y la inteligencia con que resultaba necesario.

Por eso merece ser considerado como uno de los héroes de nuestro tiempo, como coautor de lo que puede, en justicia, ser descrito como una hazaña inesperada y decisiva en nuestra Historia. Geremek supo ser mentor del sindicato “Solidaridad” sin perder la condición de intelectual. En Occidente, en especial en la vecina Francia, se ha convertido desde hace décadas en una obsesión en los medios culturales el llamado “compromiso”. Pero éste requiere como paso previo una densidad en la dedicación a la tarea intelectual que algunos sortean a base de magnificar la dedicación a la política. Por el contrario Geremek asegura que “yo fui un intelectual antes de ser un intelectual comprometido” y esta afirmación se demuestra cierta en todo momento, porque muchas de las reflexiones que en este libro aparecen no hubieran sido imaginables en persona distinta de un intelectual. Medita, por ejemplo, acerca de cómo la memoria juega un papel de primera importancia para evitar la perduración de las dictaduras o sobre el papel que en su propia trayectoria como consejero en ese momento de la transición hacia la democracia en su país jugó su propia condición de historiador.

Pero lo más interesante del libro no es eso, sino su descripción de cómo desapareció el comunismo en Polonia. Su interpretación al respecto es siempre de una agudeza considerable. Merece la pena recordar algún punto porque lo señalado por él siempre resulta crucial. Señala, por ejemplo, que si en otras latitudes existió una oposición tan sólo intelectual, en Polonia fue también de masas; lo que el comunismo no pudo soportar fue esto mismo porque para él era necesario, al menos, una aceptación pasiva del régimen. Pero cuando ésta se desvaneció lo que tuvo lugar fue un desmoronamiento de la legitimidad, esa razón oscura por la que los ciudadanos aceptan el poder político. Esto es lo que explica el desconcierto de los gobernantes. Pero, aun con él, el proceso polaco pasó por innumerables dificultades que a veces no se tienen muy en cuenta. Hubo un momento en que el régimen pudo evitar las elecciones por el procedimiento de que Solidaridad aceptara una lista electoral común y si eso hubiera sucedido habría conseguido perdurar. Geremek señala también que el sentimiento de comunidad que proporcionaba el nacionalismo contribuyó de manera poderosa a que la transición fuera posible mientras que de él en Occidente se ha hecho una interpretación peyorativa o, por lo menos, no positiva. Y, en fin, el intelectual polaco señala que en realidad, a pesar de las victorias electorales de los excomunistas —esa “restauración de terciopelo” de la que ha hablado Michnik—, el

retorno al pasado es ya imposible. Hasta aquí la narración de lo sucedido que debe ser completada con un dato más: todo ello hubiera sido imposible si los partidarios de la transición no hubieran estado guiados por ese impulso moral de la acción política que hoy resulta tan difícil de encontrar en los países con mayor tradición democrática.

Este género de libros como el presente, de conversaciones con un personaje relevante, resultan muy a menudo de gran interés siempre que el entrevistador esté a la altura de su contertulio. Juan Carlos Vidal demuestra conocer

muy bien la trayectoria intelectual de Geremek y su papel en la política polaca. Si acaso el lector hubiera preferido una mayor dedicación de espacio al segundo aspecto de su personalidad.

Volviendo a los temas españoles es preciso sin duda citar el libro de José María Marco, *“La libertad traicionada. Siete ensayos españoles”*, Barcelona, Planeta, 1997. Cabía esperar que con ocasión del centenario del 98 aparecerían muchos libros acerca de esta ocasión histórica e incluso se podía imaginar que alguno de ellos pudiera rozar un exceso de originalidad. Pero el libro de José María Marco asombra porque traspasa esos límites y esboza una interpretación con muy escaso fundamento en la Historia e incluso en la trayectoria biográfica y el pensamiento de aquellas personas de las que trata.

Marco no carece de méritos entre los cuales el primero quizá es una escritura muy bella. Autor de varios libros sobre Azaña, se aprecia en todos ellos una pasión por su figura y su trayectoria intelectual que está justificada, pero también se parte de una especie de presunción de que la mera lectura y glosa de un autor brillante bastan como armazón para atreverse a escribir un libro. En realidad una biografía intelectual tiene unas exigencias mucho mayores.

En *“La libertad traicionada”* Marco hace siete breves retratos de otros tantos intelectuales de la generación finisecular o la posterior, que hizo acto de

presencia pública en torno a la primera guerra mundial. Esos autores han sido leídos con gran interés pero, en cambio, el autor no los ha comprendido. En todos ellos se yerra a la hora de encontrar el centro de gravedad de su pensamiento. Presentar a Costa como, en el fondo, un pensador conservador que se dedicó durante toda su vida a la destrucción del liberalismo y que presagió dictadura de izquierda no tiene sentido alguno. Fue un

intemperante regeneracionista que alimentó las dictaduras de derecha. En Unamuno el socialismo inicial no fue tan definitivo y juzgarlo como una especie de irresponsable empeñado en ejercer la hipercritica sobre todo lo divino y lo humano resulta una simplificación gloriosa. Borear la salvación de Maeztu por su condición de capitalista supone alinearse con el Fernández de la Mora de los primeros años setenta.

Pero lo que más llama la atención en este libro es una falta de conocimiento acerca de la Historia de España de la época contemporánea y una interpretación que aúna la petulancia con el juicio arriesgado. Para Marco resultaría que el régimen de la Restauración fue no ya el de la Libertad, sino el de la Democracia y, junto a ello, supuso también el renacer del sentimiento nacional español. Sería, en definitiva, el producto de todo un siglo XIX caracterizado por el liberalismo. Desde 1808 España se habría enriquecido en el terreno económico y regenerado en el político. La generación finisecular habría emprendido una antipatriótica empresa de demolición de esta realidad. Aun añorantes de la libertad, esos intelectuales habrían contribuido a destruirla.

Esta interpretación es insostenible. Cada autor de los seleccionados por Marco tiene tras de sí una larguísima bibliografía que él ignora, el

juicio general que sobre la totalidad de la generación esboza tiene poquísimo que ver con la realidad. Los hombres del 98 fueron, entre otras cosas, el testimonio de que en España empezaban a cambiar las cosas en sentido modernizador. El liberalismo heredado del pasado era ficticio y ellos no querían traicionarlo sino convertirlo en realidad. Fueron, con la excepción de Maeztu, liberales y por supuesto estaban muy por encima de la política al uso.

Un juicio como el de Marco sólo se explica por partir en exceso del presente y tratar de encontrar en el pasado argumentos para un uso más o menos político en la actualidad. Es indefendible a estas alturas atribuir al PSOE, en tiempos remotos o presentes, “una radical desconfianza en la democracia liberal” y resulta históricamente incorrecto pensar que fue la condición de “secta” de este partido lo que le impidió obtener representación parlamentaria suficiente. Lo cierto es, por el contrario, que fueron la desmovilización de la clase obrera y la existencia del anarquismo los que lo justificaron. El ensayo de Marco, por tanto, resulta muy discutible y, sin duda, quedará como el testimonio del momento en que fue escrito y no como una interpretación sugestiva del tema que trata.

El inconveniente que suelen tener los libros nacidos de la recopilación de artículos previos es que carecen de unidad suficiente como para que el lector

acabe por entender en su

integridad el pensamiento del autor. En el reciente tomito de *Victor Pérez Díaz, “La esfera pública y la sociedad civil”, Madrid, Taurus, 1997*, el último capítulo en el que el autor explica la gestación y el desarrollo de su trayectoria intelectual tiene la ventaja de proporcionar ese hilo argumental. No suele ser habitual que los intelectuales españoles se atrevan a llevar a cabo este

género de ejercicios exhibicionistas y, menos aún, que lo hagan sin megalomanía. El caso de Pérez Díaz tiene la ventaja de retratar una trayectoria que ha resultado un tanto habitual en los medios universitarios españoles. Partiendo de asunciones vinculadas con la izquierda marxista ha concluido, por el momento, su viaje intelectual en la actitud liberal democrática muy influida por sus estancias en Estados Unidos y sus lecturas de los clásicos o de la reciente bibliografía sociológica y politológica.

Lo que Pérez Díaz denomina como sociedad civil se corresponde con el conjunto de las instituciones sociales y las pautas de comportamiento de la democracia, entendida no tanto como régimen político sino como una realidad actuante y, a la vez, una utopía difícil de alcanzar. La sociedad civil estaría constituida por el tejido asociativo, los mercados económicos, una esfera pública, unas normas de carácter general y una autoridad pública, limitada y responsable. Sin embargo en sus últimos libros Pérez Díaz ha insistido —con acierto, a mi modo de ver— en que la sociedad civil no se limita tan sólo a eso, sino que exige de manera imprescindible unas disposiciones culturales y unas tradiciones morales que le resultan por completo imprescindibles. Sin ellas no puede existir la “conversación cívica”, resultado de la deliberación y el razonamiento de los individuos, de la que nacen las decisiones colectivas.

En el libro que aquí se comenta Pérez Díaz realiza una doble operación intelectual: por un lado explora los orígenes y las condiciones de esta forma de organización social y, por otro, se refiere a determinados problemas que se le plantean en el momento actual.

Desde el punto de vista teórico insiste, por ejemplo, en la filosofía del liberalismo inicial y de sus continuadores desde Popper a Aron. Me han parecido de especial interés, por infrecuentes, dos rasgos que señala en la esencia misma de la “sociedad civil”. En primer lugar, el hecho de que en ella existe un factor comunitario de tal modo que la búsqueda del interés individual está ligada también al interés de la colectividad. Por otro lado, la sociedad civil subsiste y se desarrolla merced a una secuencia de acciones humanas no determinables, lo que recalca ese factor decisivo de las tradiciones culturales y morales. Frente a estos planteamientos se alza la interpretación hegeliana que percibe al Estado como actor moral destinado a convertirse en protagonista de la Historia. Con razón considera Pérez Díaz que la tesis de Habermas que reserva al “mundo de la vida” la única posibilidad de resistencia frente a un sistema irreformable no es otra cosa que la última expresión del hegelianismo.

Aparte de señalar el papel de la Universidad liberal, seguidora del modelo anglosajón, en la “conversación cívica”, nuestro

autor se refiere principalmente a dos aspectos de la realidad actual. La construcción de Europa le parece un caso en que la realidad de una sociedad civil emergente aparece averiada por una política cuya retórica se contradice con la realidad práctica. Un segundo punto en que las reflexiones de este libro resultan especialmente lúcidas se refiere a la pluralidad multicultural que a veces se percibe tan sólo como una amenaza cuando lo cierto es que muy a menudo la sociedad civil ha podido construirse a partir de esta realidad. Demasiado fragmentario y escrito con un lenguaje que en ocasiones resulta

demasiado esotérico, el libro de Pérez Díaz abunda en reflexiones inteligentes que sería deseable acabaran plasmándose en posteriores textos de mayor envergadura.

Memorias

En los últimos meses el género memorialístico resulta, en España, un tanto decepcionante. Hemos seleccionado dos muestras del mismo que están por encima de la media y que se refieren a mundos muy distintos.

El género literario de las memorias tiene exigencias que no siempre los autores cumplen de manera estricta. La evocación del pasado hace al autor dueño del mismo pero el ansia por dominarlo le puede hacer pecar por algunos excesos. Las memorias de los intelectuales testimonian que suelen tener una biografía mucho más densa en experiencias que las de los políticos. Pero a veces saber acerca del pasado es mucho más un inconveniente que una virtud a la hora de escribir un libro perteneciente a este género.

Esta afirmación viene a cuento de la lectura del reciente libro de memorias de *Román Gubern, “Viaje de ida”, Barcelona, Anagrama, 1997*. Personalidad muy conocida de nuestro mundo intelectual y cultural, que ha empezado por cumplir otro requisito cuya necesidad parece obvia, la de escribir unos recuerdos relativamente tempranos, cuando las pasiones se han convertido en tan sólo afectos

y se observa con cariño y con nitidez al mismo tiempo, el propio pasado. Pero, en cambio, Gubern en ocasiones mezcla lo que sabe acerca de él con lo que recuerda. Además algunas veces sus juicios sobre ese tiempo transcurrido vienen a resultar una mezcla entre lo uno y lo otro y contienen inexactitudes o asunciones de verdad para anécdotas y sucesos que resultan francamente improbables.

Pero en términos generales éstas son unas memorias excelentes que prestan un inestimable servicio para la reconstrucción del mundo cultural e intelectual barcelonés de izquierdas desde los años cincuenta hasta la actualidad. No es el primer caso en que nos encontramos un testimonio escrito sobre esta parcela de la vida española pero éste es quizá el mejor. Contrasta la situación con la ausencia de una memorialística semejante en el caso de la otra capital cultural española, Madrid.

La evocación de Gubern parte de la sordidez de la posguerra en que la radio se convertía en epicentro acústico hogareño y donde las posibilidades de salida hacia horizontes más amplios eran reducidísimas. Por lo menos su generación pudo tener contacto con el exterior en una fecha relativamente temprana. Pero las posibilidades que les proporcionaba la situación política eran muy limitadas y la paradoja consiste en que en ocasiones el descubrimiento de otros mundos lo proporcionaban los aledaños del mismo régimen político. Como

tantos otros, también Gubern

pudo construir una cultura alternativa propia a través de la cercanía al SEU. La anécdota de que al mismo tiempo no sabía, siquiera para disimular, cantar el “Cara al sol” vale como definitoria de toda una época.

El mejor retrato de todo un período que ofrece Gubern es, sin embargo, el relativo a los años sesenta. No sólo para él sino

quizá para la generación posterior fueron esos años un período excepcionalmente rico en incitaciones creadoras. El retrato que nos hace del mundo de la “gauche divine” barcelonesa o de la contraposición entre la Escuela cinematográfica barcelonesa, experimental y formalista, y la madrileña, realista y nada cosmopolita, vale por un buen libro sobre la cultura española del momento. Otras dos frases sirven para retratar cómo se vivieron esos años en Barcelona. Para Serrat fue algo así como un rato de recreo en el severo colegio nacional. Y Gubern recuerda también aquella despectiva sentencia de Carlos Durán respecto del cine mesetario: sus películas estaban protagonizadas por mujeres feas y con olor a sudor que al mas mínimo escarceo amoroso quedaban embarazadas y de ahí nacía la tragedia. Tiempos efervescentes y lúdicos, los años sesenta contrastan rotundamente con el comienzo de la década posterior en la que la impresión de ciega cerrazón que abocaba la tragedia hizo al autor emigrar a los Estados Unidos, lo que nos priva de su testimonio sobre lo que pudo acontecer en España.

Sincero e incluso indiscreto — como hay que serlo en unas buenas memorias—, Gubern se nos muestra también un tanto patoso en materia política y administrativa, condición que no deja de resultar oportuna en un intelectual. Pero responde, en cambio, a las exigencias de quien merece este último término. Ha vivido una experiencia creativa

plena y gozosa y sabe transmitirla a sus lectores en un estilo narrativo muy ágil que equilibra lo individual y lo colectivo, la reflexión de envergadura y la anécdota divertida.

Género muy distinto al de Gubern es el cultivado en *José Barrionuevo, "2001 días en Interior"*, Barcelona, Ediciones B, 1997. Las noticias aparecidas en su día en las páginas de la prensa respecto de las memorias de Barrionuevo hicieron referencia de forma principal al prólogo escrito por Felipe González en el que declara su solidaridad con su antiguo ministro y se muestra dispuesto a demostrársela no sólo en el terreno personal sino también en el judicial. En ese prólogo se encuentra además una mención al papel del terrorismo y el antiterrorismo en la historia de la democracia española y una alusión a que quedan "muchas cosas por conocer" que resultan enigmáticas o preocupantes, si no las dos cosas a la vez. Pero a ese prólogo le ha quitado actualidad la automarginación del exsecretario general de los socialistas y ahora se puede leer con mayor detención el contenido del libro de su antiguo colaborador.

De las personas que trabajaron al lado de González sólo Fernando Morán y Julio Feo han escrito sus libros de recuerdos. El segundo demuestra en él que en realidad su influencia fue menor de la que él mismo atribuye. El libro de Morán, muy bien escrito y buen testimonio de su altura

intelectual, testimonia su carencia de sintonía respecto del expresidente. Ambos, de cualquier modo, se retratan porque en realidad eso es inevitable siempre que se escribe un libro de memorias. Algo parecido le sucede a José Barrionuevo. Su libro está mal redactado, tiene a veces citas literarias pretenciosas y a menudo quien se adentre en sus páginas experimentará la sensación de que en él faltan páginas esenciales. Más que nada está constituido a base de una especie de dietario de los atentados terroristas, procedimiento más que discutible, pero que subraya la angustia que

parece haber sentido el autor al redactarlo, en especial en su primera mitad. Curiosamente quien lea este libro tendrá la sensación de que el autor es una persona más bien limitada pero no carente de bondad, impresión que parece contradictoria con la imagen tópica que de él se tiene. Claro está que esta impresión quizá derive de un sentimiento de acoso que se siente en cada una de las páginas del libro y que le hace a Barrionuevo ser profundamente injusto. La idea de que durante su ministerio muchos no entendieron o apoyaron su persecución de los terroristas carece por completo de justificación. Sus ataques a periodistas que pretendían ser "sensibles y equidistantes" y que, en su opinión, no eran otra cosa que "indiferentes" ante esa tragedia no puede justificarse. A veces da la sensación de que una persona como él, capaz de hacer estos juicios o de resultar anímicamente tan frágil no hubiera debido ocupar esa crucial cartera.

A pesar de todas esas debilidades el libro de Barrionuevo resulta apasionante. Lo esencial respecto de la lucha contra el terrorismo en el momento en que desempeñó su responsabilidad ministerial lo conocíamos ya. El gran salto adelante en esta materia estuvo debido a la colaboración francesa, que se fue conquistando paso a paso y cuyas dificultades se aprecian con la mención a la anécdota de que el primero de los Ministros de Interior galos con los que trató ni siquiera sabía de la existencia de un Parlamento

vasco. Pero aparecen muchísimos datos más y todos ellos del máximo interés. Quizá merezca la pena reseñar los más interesantes: los momentos en que pensó dimitir (tras el caso “Zabalza” y después del atentado de Hipercor), las discrepancias en el seno de su propio Ministerio y, sobre todo, las conversaciones con los dirigentes de ETA en Argel y en Burdeos.

En cambio en el libro hay muy pocos datos —y los que hay son poco menos que irrelevantes— sobre la cuestión de la “guerra sucia”. Barrionuevo se mantiene en la posición que ha defendido ante los tribunales: no habría hecho nunca nada ilegal, de modo que el GAL sería una actividad a la que simplemente no prestó atención en un momento que tenía ocupaciones más angustiosas. Claro está que esta posición resulta insostenible cuando algunos de sus colaboradores le acusan, incluidos aquellos que él mismo utilizó para tareas tan delicadas como contactar con los terroristas. Por otro lado en un determinado momento, en el único desliz de su narración, admite, como de pasada, que en una ocasión policías españoles traspasaron la frontera para cometer un secuestro “por razones humanitarias” que resultó fallido. Eso hace pensar que algún día, por desgracia, tendrá que darnos otra versión de sus “2.001 días en Interior”. Pero ésta resulta ya de un indudable interés para cualquiera interesado en la política española actual.

Biografías

Si las memorias de personajes españoles decepcionan a menudo, quizá cabe decir lo absolutamente

contrario de las biografías. Aquellas que aquí van a ser reseñadas son muy distintas por los personajes elegidos y por el tono, pero todas ellas merecen la lectura.

Enrique Tierno Galván siempre fue un enigma incluso para

aquellos a quienes tenía más cerca, los cuales no manifestaron, además, el menor reparo en comunicar esta sensación a terceros. Incluso en los libros de carácter casi hagiográfico, que fueron escritos cuando estaba en vida, se mantiene esta impresión sin que resulte claro para los propios redactores de los mismos cuáles eran las razones que justificaban esta actitud. A los más allegados la actitud del Viejo Profesor les resultaba divertida y, sin mayores elucubraciones, se limitaban a pasar por alto los puntos oscuros.

Pero éste no debió ser el caso de *César Alonso de los Ríos* a quien parece haberle indignado este aspecto de la biografía de Tierno al menos en su suficiente grado como para realizar pesquisas eruditas y reconstruir una trayectoria tan distinta a la real de quien se empeñaba en oscurecerse y no explicarse (“*La verdad sobre Tierno Galván*”, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1997).

El resultado de esta investigación es que no fue una especie de hidalgo soriano apegado al terruño, sino un miembro de una familia de militares que, como todos los funcionarios, practicó el nomadismo por la geografía española. Tampoco resultó en realidad un derrotado en la guerra civil, sino que a lo sumo figuró como soldado en las filas de los vencidos en la guerra sin que ello supusiera peligrosísimos riesgos en el período posterior. La mejor prueba de ello consiste en que obtuvo prontamente la cátedra en una disciplina nada neutra y con

el apoyo de un padrino —Elías de Tejada— caracterizado por su reaccionarismo.

Hasta aquí los principales reproches de Alonso de los Ríos acerca de la primera parte de la biografía de Tierno. Poco cabe reargüir lo que en el libro se dice porque ofrece en él pruebas irrefutables. Más discutibles son otras interpretaciones del autor que se refieren a la etapa en que el futuro alcalde de Madrid empezó a ejercer la oposición propiamente dicha. Alonso de los Ríos indica que toda su voluntad de presentarse como republicano choca con la realidad de que estuvo durante la totalidad de su trayectoria mucho más cerca de los monárquicos, en especial del grupo de “Unión Liberal” cuyo principal inspirador era Joaquín Satrustegui. Esta afirmación es cierta pero cualquiera que conozca, aunque sea superficialmente, la historia de la oposición al franquismo sabe que fue así, por lo que encierra poca novedad. En cuanto a la acusación de que Tierno se quiso hacer con el liderazgo del partido socialista por el procedimiento de radicalizar sus propias posturas me parece que es injusta. En realidad no hizo otra cosa que adaptarse a lo que era una tendencia en aquel momento, de la misma manera que lo hicieron los dirigentes del PSOE de entonces. Detrás de su máscara ideológica el ciudadano vio en Tierno un talante que poco tenía que ver con ella con resultados positivos a la hora de las elecciones.

Muy bien escrito, el libro de Alonso de los Ríos, siempre agudo, no acaba de ser una acabada biografía de Tierno Galván, personaje que sin duda la merecería. Falta, por ejemplo, el estudio más detenido de su trayectoria intelectual, quizá mucho más intrascendente de lo que se ha solido decir por parte de los entusiastas, pero también muy definitoria de una tendencia en la evolución de la vida española. Y Tierno necesitaría también una investigación, sin nostalgia ni hipercrítica, acerca de su posición política a partir del momento en que fundó su propio “Partido socialista en el interior” cuyos boletines da la sensación de haber redactado él mismo en su integridad.

El pasado del ex-alcalde de Madrid, ahora desmitificado, tampoco tiene un efecto tan corrosivo sobre su persona. Todas esas mentiras eran producto de la reconstrucción de una pureza política de la que careció pero también tenían mucho de juego o de broma, que el Viejo Profesor sabía de sobra que sería un día descubierta. Y no empañan para nada el mérito de su posición política en tiempos difíciles, como tampoco el interés objetivo por un personaje que estuvo muy por encima de la media de la política española de su tiempo (y mucho más aún de épocas posteriores).

Muy distinto en ambición intelectual es el libro de *Josep Muñoz i Lloret*, “*Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*”, Barcelona, Edicions 62, 1997. De

la personalidad de Vicens, retratada con singular inteligencia y abundancia abrumadora de datos en este libro que ha logrado el máximo galardón destinado a las biografías catalanas, lo que más llama la atención no es tanto una temprana dedicación a los problemas metodológicos como una especie de impulso vital que le hizo convertirse en una personalidad tan prolífica en su producción literaria como emprendedora en el terreno editorial, científico y político. Parece cierto, como se dice en este libro, que Vicens no entraba en una habitación sino que irrumpía en ella convirtiéndose en inmediato objeto de atención por parte de todos. Pero

con el transcurso del tiempo el resultado de su tarea como historiador fue, sobre todo, iniciar una renovación de la Historia española de la que seguimos viviendo en la actualidad. Lejos de modas que se han demostrado superficiales, algunos de los libros de Vicens mantienen su actualidad por su aportación erudita o por su interpretación de síntesis, dos vertientes de su obra que a menudo parecen incompatibles en un mismo autor.

La trayectoria personal de Vicens constituye una prueba más, si necesaria resultara alguna, de hasta qué punto la vida de los españoles se vio alterada por el trauma de la guerra civil. Joven de procedencia humilde y muy tempranamente obligado al trabajo, Vicens tuvo en los años treinta simpatías por el catalanismo y la izquierda pero, en materias historiográficas, criticó el exceso de romanticismo en los historiadores oficiales del nacionalismo y fue discípulo de un hoy poco conocido historiador dedicado a la erudición positivista, Antonio de la Torre. No cabe la menor duda de que durante la guerra civil estuvo alineado con los perdedores e incluso sería tras ella acusado de haber desempeñado un papel de relativa transcendencia política. Pero decidió continuar en España y no exiliarse, lo que le valió ser objeto de depuración. No pudo volver a la docencia en segunda enseñanza sino en 1942 y conquistó la cátedra de Universidad en 1948. Mientras tanto había escrito algunos textos sobre geopolítica, en revistas de significación falangista o en otras

alemanas e italianas de significación ideológica más que dudosa. Sus apoyos a la hora de intentar acceder al mundo universitario estuvieron en las filas del monarquismo reaccionario y tradicionalista más que en las del fascismo en versión española.

Esas actitudes se pueden interpretar como una consecuencia de la impregnación ambiental o del camuflaje necesario para la supervivencia;

de cualquier modo una buena biografía no podía escamotearlas. Si alguien necesitara una justificación para ellas la encontraría en lo que vino después. Vicens fue autor de un auténtico torrente de libros, creó editoriales privadas, como Teide, centros de investigación, revistas y, sobre todo, fue el animador de un núcleo de investigadores que en su día fueron conocidos como “la escuela de Barcelona”. Lo que más perdura de este grupo es una voluntad de apertura hacia el exterior y, en general, hacia la innovación historiográfica. La utilización de métodos estadísticos o cuantitativos ya no está tan al día y la interpretación a base de la correlación entre economía y política se ha demostrado más complicada que como la llevaba a cabo Vicens. Pero su libro sobre Cataluña del siglo XIX e incluso sus ensayos interpretativos de carácter general acerca de España y de Cataluña guardan casi tanta vigencia como ese deseo de apertura hacia el exterior.

Muñoz i Lloret revela, además, la profunda preocupación política que tuvo Vicens, como han solido también tenerla algunos de los mejores historiadores españoles contemporáneos. Su muerte fue demasiado temprana como para que pudiera plasmarse en actuaciones concretas, pero al menos supo establecer un nexo de unión entre la Cataluña del exilio y la del interior. Siendo eso importante, más decisivo resultó todavía el hecho de que Vicens supo también dar continuidad a la cultura liberal y catalanista de la

preguerra. Así, el gran innovador de la historiografía española fue también (y no sólo por eso) una figura esencial de la cultura catalana.

El libro de *José Luis Comellas, "Cánovas del Castillo", Barcelona, Ariel, 1997, 366 págs.*, nos introduce en la biografía histórica, un género crecientemente cultivado, a pesar de las dificultades, en España.

Los aniversarios suelen proporcionar a editores y a escritores la oportunidad de publicaciones, de mayor o menor enjundia, destinadas al público lector. A la altura de la segunda mitad de 1997 son ya varios los libros que han ido apareciendo acerca del centenario de 1898. En cambio, parece haber sido casi desaprovechada la ocasión del centenario del asesinato de Cánovas del Castillo. La verdad es que, así como el 98 tiene resonancias actuales, la figura del político malagueño recuerda quizá en exceso a tiempos remotos, al menos a la gran mayoría del público. En estas circunstancias aparece la biografía de Cánovas del Castillo escrita por José Luis Comellas.

Comellas es uno de los mejores especialistas españoles en Historia del siglo XIX. A partir de la segunda mitad de los sesenta el centro de interés de la literatura histórica española se trasladó sin lugar a dudas al siglo XX, de modo que en ocasiones da la sensación de que algunas de las mejores aportaciones sobre el siglo anterior fueron obra de

extranjeros, principalmente anglosajones. Una de las excepciones más notorias ha sido Comellas, autor de una abundante obra que recorre la totalidad del XIX desde la época de Fernando VII hasta la Restauración. Los más importantes de sus libros están destinados a perdurar durante mucho tiempo y, además, su interés por materias muy distintas de las habituales en los

astronomía y la música, por ejemplo— convierte a Comellas en una personalidad intelectual tan poco frecuente como interesante.

Ya desde el comienzo de los años sesenta le atrajo la figura del autor principal de la Restauración a quien dedicó por entonces un breve pero muy lúcido texto. La biografía que ahora presenta consiste en una puesta al día de lo que conocemos acerca de quien puede ser considerado como una figura esencial para comprender el siglo XIX español. Sobre él sigue teniendo vigencia el texto que le dedicó Melchor Fernández Almagro, sin duda el mejor libro de este autor. Comellas ofrece una versión en la que se integra la abundante bibliografía aparecida en los últimos años. En ella hay, sin embargo, alguna laguna, como la correspondencia con Durán i Bas que publicó Borja de Riquer, o los artículos que Carlos Dardé ha dedicado al comportamiento electoral en la época. Utiliza también los libros publicados todo a lo largo del siglo XIX y los diarios de sesiones del Congreso pero, por desgracia, sobre la vida de Cánovas no pueden existir muchas novedades porque no existe un archivo privado e inédito al que recurrir.

De todos modos en el libro de Comellas están recogidos, con inteligencia y escritura ágil, los rasgos principales de quien fue una figura excepcional en la política española. Brillante intelectual, muy al día de cuanto se publicaba fuera de España, Cánovas parece haber carecido de

esa compulsiva ambición que en España suele caracterizar a los profesionales de la política. Sus ideas acerca del movimiento obrero o del sufragio universal resultan, leídas hoy, un tanto grotescas, pero cualquiera que se acerque hoy a su persona y le sitúe en su ámbito histórico no puede menos de admirar en él eso que en la derecha española resulta tan infrecuente, es decir, la capacidad de integración de otros sectores, la voluntad de pensar en el medio plazo y no en el día a día y, en fin, una densidad intelectual y humana excepcionales.

Historia reciente

Quizá entre los libros de Historia inmediata que vamos a ofrecer a continuación el más interesante resulte el de *Santos Juliá, "Los socialistas en la política española, 1879-1982", Madrid, Taurus, 1997*. Juliá figura, con pleno merecimiento, entre los más conocidos y respetados historiadores españoles de la época contemporánea. Su obra se inició con el estudio del partido socialista —y, más en general, la izquierda— durante los años treinta, pero también ha sido autor de la biografía de Azaña a la que cabe atribuir mayor altura entre las aparecidas hasta el momento y ha escrito, además, los últimos capítulos de una "Historia de Madrid". Articulista en la prensa y ensayista sobre materias políticas, parte de su obra más reciente ha estado dedicada a la reflexión sobre la historia de los intelectuales españoles durante el siglo XX.

A este bagaje de cantidad y calidad en su producción literaria, que ya de por sí resultaría suficiente para leer con interés un libro suyo, Juliá suma un tema de envergadura y un tratamiento oportuno pero nada fácil. Faltaba una Historia del socialismo español capaz de recoger las numerosas aportaciones puntuales que se han llevado a cabo en los últimos tiempos, lo bastante densa como para resultar un libro que perdure pero redactada en un tono

ensayístico capaz de llegar a un público más amplio que el puramente académico. El libro que acaba de aparecer reúne todas estas características y además ha sido redactado como corresponde a un buen libro de Historia: el autor ha utilizado todas las monografías recientes pero a ellas ha sumado también documentación interna del partido socialista, hasta el momento no vista por nadie. En realidad el libro no se puede decir que proporcione grandes novedades pero se enriquece de forma considerable con los matices que siempre proporciona la directa apelación a las fuentes primarias. De ese modo disponemos de un amplio fresco acerca de la evolución del partido socialista desde su creación hasta el momento en que llegó al poder en 1982. Es lástima que no se haya querido tratar este último período, lo que podría hacerse ya, siempre que se procurara enfocarlo con discreción y equilibrio.

Es previsible que hasta dentro de bastante tiempo no se publique un libro como éste acerca del pasado del socialismo pero ello no excluye posibles críticas. Hay, en primer lugar, un modo de elaboración que desconcierta: si parece indudable que el autor ha hablado con protagonistas de la etapa final, no deja claro hasta qué punto eso ha influido en su texto. Por otro lado si en la interpretación general el libro no parece muy discutible, en puntos concretos lo es. Algunas personalidades son maltratadas a conciencia con escasa justicia y frecuente incomprensión de sus

motivaciones. Así sucede con Don Juan —de quien no se llega a entender cómo siguió atrayendo a gran parte de la oposición hasta el final del mismo franquismo— y con Tierno, a quien se despacha como “cínico y mezquino”. La interpretación que se hace acerca de la evolución del partido socialista durante la transición peca de ser en exceso benevolente. González supo utilizar al máximo un rótulo histórico, adquirir el imprescindible pragmatismo y aglutinar en torno a sí a todos los socialistas. Pero, frente a la interpretación de Juliá, lo que sorprende en él, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, no es su desdoblamiento entre una actitud programática radical y otra más gubernamental sino lo tardíamente que se dio cuenta de que la primera carecía de sentido.

De características muy diferentes —se trata de tesis doctorales—, dos libros recientes revelan la calidad de la historiografía acerca del franquismo. Me refiero a *Mónica Lanero Taboas*, “Una milicia de la Justicia. La política judicial del franquismo (1936-1945)”, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996. Y Miguel A. Ruiz Carnicer, “El Sindicato español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria durante el franquismo”, Madrid, Siglo XXI, 1996.

En el público no especializado existe a menudo la idea de que para recurrir a explicaciones

imparciales acerca de lo que sea el franquismo es necesario elegir autores foráneos. Esa opinión carece de toda justificación, como bien sabe cualquier historiador bien informado. Esta afirmación resulta especialmente válida para la época de la dictadura franquista. Respecto de ella los autores anglosajones suelen utilizar fuentes ya conocidas o testimonios orales discutibles y no la información más valiosa que suele ser siempre escrita. Estos dos magníficos estudios revelan la calidad a la que se está

llegando con un fenómeno histórico tan cercano como es el régimen franquista. Sobre él no queda más remedio que recalcar su palmaria peculiaridad como dictadura pues si resultó mucho más represivo, ofrece elementos distintivos respecto del fascismo clásico.

Relacionado también con idéntico período es otro libro, el de *Josep M. Figueras*, “El Consell de guerra a Lluís Companys, President de la Generalitat de Catalunya”, Barcelona, Proa, 1997, que no tiene los rasgos de los anteriores y que ha dado motivo a un cierto debate en Cataluña.

La publicación de la documentación relativa al consejo de guerra al que fue sometido Lluís Companys antes de ser ejecutado es probable que se convierta en un acontecimiento pero, de ser así, quizá lo resulte más bien desde el punto de vista político o de la relevancia actual de un acontecimiento pasado más que desde el punto de vista estrictamente histórico. La meritoria labor llevada a cabo por Figueras permite contrastar con documentos seguros algunos aspectos nebulosos relativos a aquellos hechos, pero tampoco ofrece tan grandes novedades con respecto a lo que ya sabíamos. Por otro lado la reproducción prácticamente íntegra de la documentación del consejo quizá resulte excesiva. Hubiera sido más lógica una redacción más fluida comparando desde el punto de vista histórico el caso de Companys con el de otros

personajes que sufrieron tan triste destino, bien en España o en otros países en circunstancias parecidas.

Figueras deja bien claro que el consejo de guerra de Companys no puede ser considerado como un caso más, sino que tiene de excepcional el haber guardado alguna apariencia de un juicio en comparación con los que sufrieron muchos otros, en brevísimo tiempo y sin posibilidad ni siquiera de decir una sola palabra en su defensa. Como se sabe, Companys fue detenido en Francia en 1940 cuando tuvo lugar la invasión alemana. La razón que lo motivó residía en que desaprovechó la ocasión para huir en su preocupación por localizar a su hijo, internado en una clínica e ilocalizable. Trasladado, en flagrante violación de la legislación francesa, primero a Madrid y de allí a Barcelona, en Montjuich se celebró el consejo que en nada puede parecerse a un juicio. Estremece la lectura de algunos documentos presentados en él que pretenden dar por sentado que el juzgado vivió de los sindicatos de “rabassaires” o de la una mujer que prostituía a sus hijas (!!) o que tenía un coche de oro producto del robo. Claro está que los “informantes” de estas atrocidades consideraban, según se aprecia en esa documentación, que marxistas y anarquistas eran lo mismo, lo que da idea de su nivel. La defensa que de sí hizo el Presidente de la Generalitat tuvo dignidad y altura moral. No desmintió los desmanes y barbaridades en la

zona del Frente Popular, sino que adujo que había tratado de evitarlas y que hubiera sido peor si se hubiera ausentado en protesta porque ocurrieran. Aceptó la sentencia “sin sombra de rencor” y en la confianza de que un día la Historia juzgara a todos.

Hoy puede hacerlo con estos nuevos documentos que, como es lógico, producen en el lector el desasosiego que siempre surge

del contacto con el lado más oscuro de la naturaleza humana. Monstruosidades se produjeron en ambos bandos pero sólo el vencedor hubiera podido tener la magnanimidad de querer evitar los aspectos más crueles de la represión sobre el vencido. Tiene razón Jordi Pujol cuando, en el prólogo del libro, asegura que el conocimiento de casos como éste deben servir para reafirmar la voluntad de reconciliación.

La tiene menos cuando asegura que Companys fue condenado por ser el Presidente de Cataluña, porque su caso fue idéntico al de muchos otros por el solo hecho de militar en el bando de los vencidos. A estas dos opiniones se puede añadir alguna más, relativa a la enseñanza que para el momento actual se desprende del conocimiento del sumario. En primer lugar, carece de cualquier sentido intentar hacer una revisión de una caricatura de juicio como éste, como pretendía Esquerra Republicana. En segundo lugar, frente a lo que quería el PP, creo que realidades como éstas deben ser conocidas sin que pueda servir de excusa el hecho de que rememoren tragedias colectivas. El pasado se sepulta con el conocimiento, no con el olvido superficial. En fin, en la documentación trascrita aparecen apellidos barceloneses conocidos. Alguno de ellos figuraba ya en el consejo de guerra de Carrasco y si en ese caso la convocatoria como testigo no podía ser eludida, en el de Companys fue consecuencia del puesto ocupado por el Partido, lo

que introduce un elemento nuevo y nada ejemplar.

Lo último que es preciso recordar es que los archivos militares deben dar facilidades para el acceso a este tipo de documentación. Es absurdo negarla porque, además, el intento de eludirlo por deseo de ocultar los nombres de los participantes en los consejos de guerra como testigos o jueces es inviable, dado que aparecen en informaciones impresas.